

Estaban seguros de que era la mejor decisión de sus vidas. Álex y Sonia miraban al frente desde sus posiciones en el interior del vehículo que él conducía, mientras avanzaban por la recta final hacia Palau Sator, un pequeño municipio del Bajo Ampurdán gerundense, muy cercano al litoral de la Costa Brava.

No decían nada, solo observaban el viejo torreón romano que tenían delante. A través del arco de su base se entraba en el pueblo. Pequeño municipio con aire medieval, de casas de piedra.

La pequeña Celeste de diez años, ajena al paisaje del recorrido, jugaba con su muñeca sin pelo en la parte de atrás del vehículo, aun a pesar de la incomodidad que le provocaba el cinturón de seguridad al que iba sujeta. La niña no había abierto la boca para decir algo desde que se pusieron en marcha. Era de pocas palabras, en todo momento parecía vivir en un universo aparte, en su propio mundo. Se mantenía ajena a lo que sucedía a su alrededor. Se diría por su actitud, que estaba siempre inmersa en sus propios pensamientos, lo que creaba una barrera infranqueable entre ella y los demás.

Celeste era poco agraciada físicamente: de cabellos muy oscuros, recogidos en una cola dejando caer un flequillo sobre la frente, ojos grandes, tal vez demasiado abiertos, y cuerpo regordete, no la hacía de muy buen ver. Las gafas de pasta con tonos violetas le favorecían poco a su cara redonda. Celeste era de las que, como si de un capricho o juego de la Naturaleza, cuando les llega el desarrollo, tras la adolescencia, se transforman en un magnífico cisne blanco, dejando atrás para siempre al patito feo que fue y que hace que esa metamorfosis sea incomprensible para quienes la conocen. Es exactamente lo que le ocurrió a su madre, las fotos que guarda de su niñez lo atestiguan. Sonia es ahora el resultado de esa conversión que le espera en pocos años a Celeste.

Sonia es preciosa; sus cabellos recortados en media melena, al estilo de Audrey Tautou protagonizando a *Amélie*, en la película del mismo nombre, circundan el ovalo de su cara de simetría perfecta. Sus ojos son como dos lagos negros, insondables, donde los destellos del sol dan una pátina como de nebulosa dorada. Sus labios carnosos no requieren lápiz de color para delimitar su contorno pues está perfectamente definido y su sonrisa es contagiosa como un bostezo. Sonia no es muy alta pero sus proporciones son las ideales a la vista del observador masculino, por zafio que sea. De Sonia se podría decir sin duda que es una mujer atractiva.

Ella nació y vivió en el barrio barcelonés de Verdún, hasta casarse a los veinticinco años con Toni, su primera pareja y padre de Celeste. Este distrito está situado en la

parte central de Nou Barris y rodeado por los de La Guineueta y La Prosperitat. Es un triángulo urbanizado en su totalidad construido entre los años 1952 y 1959. Allí tuvo una infancia, adolescencia y años de juventud de lo más convencional. Hija de padres trabajadores que se habían establecido en Barcelona tres años antes de nacer ella y procedentes de su tierra natal en Extremadura. No tuvieron que sufrir demasiadas penalidades como emigrantes para comenzar una vida digna en un entorno que les era tan desconocido, por el hecho de que el padre de Sonia venía con un pan debajo del brazo desde su querido pueblo pacense; había aprobado una oposición para optar por un puesto de trabajo en la compañía telefónica como celador y vino destinado a la central de la avenida de Roma, en plena capital de Barcelona. Como funcionario de una empresa, en aquel tiempo estatal, no tuvo muchas dificultades para que le adjudicaran también una vivienda de propiedad, de las denominadas de Obra Social. Sonia pasó aquellos primeros años de su vida inmersa en los estudios y practicando desde su infancia una actividad extraescolar que marcaría toda su trayectoria hasta llegar a la edad adulta; era patinadora en la modalidad de patinaje artístico sobre ruedas. Como resultado de su contacto con aquel mundo, y como suele ocurrir con bastante frecuencia, conoció e intimó con un joven patinador que llegó a convertirse en su pareja artística en las competiciones. Relación que de manera obviamente inevitable, y dado al grado de intimidad que suele conllevar ese tipo de práctica en los ensayos, terminó por dar como resultado el enamoramiento

entre la pareja. Así discurrieron aquellos felices años para Sonia, enamorada de su pareja y de su afición al deporte y recibiendo muy gratas satisfacciones al conseguir ganar de vez en cuando algún que otro trofeo. Asimismo todo ello iba parejo a la disciplina que también se auto imponía en los estudios, lo que dio al final como resultado tener terminada la carrera de Magisterio con veintidós años. Su constancia y sentido de la responsabilidad, en todo lo que acometía, le hicieron conseguir una plaza de profesora de Primaria en un centro de su barrio muy poco después de terminar la carrera. Se había preparado lo suficiente como para presentarse a la oposición con total confianza en su capacidad para el puesto.

Álex echó una ojeada a la niña a través del espejo retrovisor para comprobar que todo estaba en orden. Le pareció más sombría de lo acostumbrado a pesar de que el sol de la mañana daba un baño de color tostado a sus cabellos negros suavizándolos. Luego miró a Sonia y, poniendo una mano sobre su muslo, le sonrió buscando la complacencia de ella.

Sonia se le representó distinta, a ella el reflejo del sol le daba un toque radiante en el rostro, hacía que destacaran sus labios carnosos y le daba una profundidad en la mirada que le pareció arrebatadora. Ella le correspondió sonriendo y él no pudo evitar echar un vistazo fugaz a su escote procurando que ella lo advirtiera, como un juego ya ensayado de otras veces y que había dado resultado siempre.

Entraron en el pueblo aminorando la velocidad hasta igualarla al paso humano y circundaron el centro por una calzada que les llevaba a las afueras.

A pocos centenares de metros de la salida, y una vez rebasada la antiquísima masía de los Roura, giraron a la izquierda para tomar una senda sin asfalto, flanqueada por viñedos, que ascendía en dirección al montículo en donde estaba situada su casa recién adquirida. No se trataba de una urbanización al uso, sino de terrenos rústicos en donde escaseaban las edificaciones. Campos de cultivo, viñedos y pinedas era el paisaje en el que se encontraba lo que iba a ser su nuevo hogar.

Siguieron avanzando por el camino de tierra, no sin dificultades debido a lo irregular del suelo, que las lluvias de primavera se encargaran de empeorar, y por fin llegaron a lo más alto de la loma hasta detener el vehículo delante de la verja que marcaba el principio y final de la finca.

—¡Bueno, ya estamos aquí!, llevas tú la llave de la verja, ¿no? —preguntó Álex a Sonia a sabiendas de que así era.

Antes de que él acabara la frase ya tenía ella el llavero balanceándose frente a su cara mientras le miraba divertida. Álex le indicó con un expresivo movimiento de palma abierta de su mano, invitándola a proceder: «Si es tan amable la señora...».

Sonia bajó del auto y se dirigió a abrir paso a su nueva morada, dejando luego la verja abierta a sus espaldas cuando avanzaron con el vehículo hacia la casa, que no distaba más de cincuenta metros.